5920

Zaragoza

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA JOVEN AMÉRICA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Luis Taboada y Félix González Llana

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1894

2

A Juan Balaguer, el distinguido primer actor cómico del teatro de la Comedia de sus compañeros

Talvarez y Llorca

LA JOVEN AMERICA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA JOVEN AMÉRICA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS TABOADA Y FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

Estrenado con gran éxito en el TEATRO LARA, el día 19 de Octubre de 1894

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA	Sra. Pino.
GABRIELA	Srta. Riaza.
GERTRUDIS	Arnau.
DON FRUTOS	Sres. Romea.
JONATÁS	Rubio.
ANTOÑITO	Santiago.
ANICETO	Larra.
JUAN	Soto.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO UNICO

Una sala del piso bajo de una casa que se supone unida á la fábrica. Puerta al foro. Puertas en los segundos términos que comunican con las habitaciones interiores. Al foro izquierda un gran armario lleno de ropa blanca. Al foro derecha un entredós con espejo, reloj, etc. En primer término derecha un aparador con vajilla, botella con agua, cubiertos, etc. A la derecha mesa de despacho, con escribanía, libros de caja, periódicos, etc. A la izquierda un costurero, y encima un cestito con labor y avíos de coser. Alfombra. Telón de jardín al foro.

ESCENA PRIMERA

CLARA, GABRIELA, la primera cosiendo junto al costurero, y la segunda acicalándose enfrente del espejo del entredós

CLARA ¿Pero todavía no has concluído de acicalarte?

GAB. Aun nó.

CLARA Te pasas la vida delante del espejo.

GAB. Ni con un candil se hubiera encontrado una preceptora como tú. Eres el prototipo de la formalidad; bien hizo mi padre en confiarte mi educación; él tiene de tí tan buena opinión, que viviendo su hermana en esta misma casa, no ha creído prudente confiarle mi custodia.

CLARA ¿Te pesa, acaso?

GAB. ¡Tanto como pesarme!... Pero no me negarás que mi tía Gertrudis es una de nuestras primeras escritoras. No hace aun muchos

677069

días que salió su retrato en *El Eco de la mujer* y además publica artículos literarios en *El Serpis* de Alcoy y en *La Locomotora de Béjar*.

CLARA En cambio, yo tengo la experiencia necesaria para no cometer locuras. Ya ves, huérfana á los diez y siete años hubiera tenido que arrastrar una vida miserable, y gracias á mi padrino, á tu padre, tengo hoy un asilo y una familia.

GAB. ¿Y por eso quieres someterme á un régimen celular, como dice mi tía?

CLARA Tu tía no dice más que tonterías... Yo me limito á aconsejarte bien... ¿Tienes alguna queja de mí?

GAB. Algo podría decir sobre el particular. ¡No me ha costado poco trabajo que me dejes salir hoy á visitar las tiendas con mi tía!

CLARA Porque quieres salir todos los días con el mismo pretexto, cuando en realidad lo que buscas es la manera de hablar á solas con Antoñito.

GAB. ¿Yo?...

CLARA Sí... ¿Crees que no te he visto colgada del balcón á todas horas, llamando la atención de los vecinos?...

GAB. Perdona que te diga que exageras. Puedo jurarte que nada me ha dicho.

CLARA Entonces, ¿por qué viene con tanta frecuencia?

GAB. ¡Qué se yo!

ESCENA II

DICHAS, ANICETO, por el foro derecha con una cesta y la coloca encima de la mesa, dentro de ella trae una docena de huevos y un repollo

ANIC. ¿Estáis disputando?

GAB. ¡Ah! Es el tío Aniceto.

ANIC. Buenos días.

CLARA Muy buenos.

GAB. ¿Y la tía Gertrudis? ¿Se ha vestido ya? Vamos á salir juntas.

ANIC. Ahora no vengo de casa... Cuando yo la dejé quedaba entretenida con *Nerón*...

GAB. ¿Quién es *Nerón?*

ANIC. No lo sé. No tengo el gusto de conocerle: pero así se titula un libro que está escribiendo mi mujer hace ya tiempo.

CLARA ¡Qué señora tan laboriosa!

ANIC. Laboriosísima. Se pasa la vida entregada al papel de barbas. (Al ver á Gabriela que registra el cesto.) ¡Por Dios, Gabriela!

GAB. ¿Qué lleva usted aquí?

ANIC. No sé...

GAB. ¿Huevos?

CLARA ¿Eh?

GAB. ¿Viene usted de la compra? (Riéndose.)

ANIC. Te diré... te diré... Vengo sin venir... A lo mejor se me ocurre dar una vueltecita por la plazuela para distraerme y me fijo en los comestibles por... fijarme en algo... por curiosidad. Pues bien; hoy he visto esos huevos y pregunté á la vendedora:—¿Son frescos?—Acabaditos de poner, me contestó.—Y sin saber cómo, fuí y le compré una docena...

GAB. ¡Calla! Un repollo.

ANIC. Sí... sí... También compré ese repollo.

CLARA ¿Estaría acabado de poner?

ANIC. ¡Clara!...

GAB. Se conoce que es usted hombre prevenido. ¡Sale usted á paseo con la cesta de la compra!...

ANIC. Te diré; la cojo siempre por equivocación. ¡Si soy lo más distraído! Nada, que á lo mejor voy por el paraguas y saco la cesta.

CLARA (Sonriéndose.) ¡Claro! Como tienen la misma forma...

ANIC. Naturalmente.

GAB. ¿Pero qué es lo que hace la criada?

ANIC. Bastantes ocupaciones tiene si ha de cuidar la casa mientras yo no estoy en ella. Puede llamar la trapera, el aguador, ó el carbonero, y no es cosa de que tu tía deje á *Nerón* para abrir la puerta, porque eso podría cortarle el hilo de la fantasía, como ella dice.

Tu tía Gertrudis no es de esas mujeres vulgares que pierden el tiempo en zurcir calcetines ni en repasar la ropa blanca. Es una mujer de talento, incapaz de poner un cocido, pero el día en que se proclame en España la emancipación del bello sexo, Gertrudis podrá ser *Gobernadora civil ó Ministra de Hacienda.*

CLARA Y mientras no le hacen todas esas cosas, ¿en qué se ocupa?

ANIC. ¿En qué se ocupa? Pues si trabaja muchísimo, intelectualmente por supuesto, y está al tanto de cuanto ocurre... fuera de su casa. Ahora anda muy atareada con motivo del movimiento anarquista de Italia.

CLARA ¿Y qué puede importarle?

ANIC. ¡Qué se yo!... Pregúntaselo á ella... Pero hablemos de lo que nos interesa; ¿por dónde anda mi cuñado?

CLARA Ha bajado á la fábrica.

ANIC. Como ayer venía tan cansado de su viaje de Nueva-York, apenas tuve tiempo de hablarle de nada.

CLARA Tampoco yo.

ANIC. Pero el resultado...

CLARA Creo que ha sido satisfactorio.

ANIC. ¿Averiguó el paradero de nuestro sobrino?

GAB. Sí, me parece que sí.

ANIC. Me alegro. Porque así nos evitaremos la molestia de hacer una información judicial.

CLARA Véale usted.

ANIC. Sí... voy... Me figuré que no saldría tan temprano.

CLARA Como hoy es lunes y comienzan los trabajos de la semana, quiso dar órdenes á los operarios.

ANIC. ¿Lunes? ¡Caracoles! (Aparte.) (Habrá ido la lavandera y tengo la ropa sin contar.) ¡Abur!

GAB. Espere usted. Yo subo también á ver si está lista la tía.

ANIC. Ya lo creo que estará lista... Es para lo único que abandona el bufete; para salir á paseo.

CLARA ¡Que volváis pronto! (A Gabriela.)

GAB. No tengas cuidado, que no me comerán. (Con entonación cómica.)

ANIC. (Aparte.) (Estoy por dar á la lavandera las fundas blancas de la sillería de la sala... En el último té que ha habido en casa, me preguntó un convidado si eran de gutapercha.)

GAB. ¿Pero viene usted, tío? (Desde el foro.)

ANIC. Sí. (Aparte.) (Se las doy, sí se las doy.) (Alto.) Adiós, Clara.

CLARA Hasta luego. (Se van por el foro.)

ESCENA III

CLARA, después ANTOÑITO que sale por el foro

CLARA ¡Pobre hombre! Es un marido hacendoso; pero sus virtudes no tienen recompensa. Algunas mujeres son lo más inconsideradas... ¡Ah! ¡Antoñito! La visita de casi todos los días.

ANT. (Desde el foro.) ¿Está usted buena?

CLARA Pase usted.

ANT. Muchas gracias. Como hace tanto tiempo que no sé de ustedes, venía...

CLARA Si ha estado usted el sábado.

ANT. Es verdad; ya no me acordaba. ¿Y Gabriela?

CLARA Ha salido con su tía.

ANT. ¡Caramba!

CLARA ¿Lo siente usted?

ANT. No, no es eso.

CLARA ¡Como ha dicho usted caramba!

ANT. Perdone usted mi atrevimiento, Clara... Ya sé que caramba es una interjección muy enérgica... Pero cuando me constipo pierdo la cabeza y no sé lo que me digo... No lo volveré á decir, caramba...

CLARA ¿Se ha constipado usted?

ANT. Sí, señora; sí... (Tose.) ¡Caramba! Tengo tal predisposición á los catarros, que desde que entra el invierno me paso lo mejor de mi vida tomando flor de malva. Hoy mismo,

estaba yo en la calle del Príncipe, contemplando los escaparates de Bonilla, donde hay unos impertinentes de oro para señora que son una preciosidad. De pronto, empezaron á sacudir una alfombra en la casa de enfrente y cogí este catarrazo.

CLARA ¡Jesús!

ANT. No crea usted que exagero. A mí me constipan hasta los estornudos de los demás... ¡Soy lo más delicado! (Tose.) ¡Caramba!

CLARA Siéntese usted.

ANT. Gracias ¿Y don Frutos, ha llegado bien?

CLARA Perfectamente. Ya conoce usted el objeto de su viaje.

ANT. Sí; ya me hablaron ustedes. Cuestiones relacionadas con la herencia de la fábrica. ¡Buena breva, digo buena fábrica!

CLARA El fundador de ella, tío de mi padrino, había logrado montar su industria á una gran altura. Era hombre muy inteligente, aunque algo excéntrico.

ANT. Sí, un oso, que en paz descanse.

CLARA Diez años hacía que se negaba á recibir á sus parientes, mi padrino y su hermana doña Gertrudis; pero de pronto muere el fabricante sin hacer testamento.

ANT. Y entran los dos en posesión de la herencia.

CLARA No, porque se ha olvidado usted de un tercer heredero. Un hermano de don Frutos que residía en Nueva York hace muchos años. Por eso fué mi padrino á aquella ciudad á proponer á su hermano la formación de una sociedad, á fin de seguir explotando la industria, pero desgraciadamente el hermano de mi padrino había muerto.

ANT. Entonces no es fácil que pueda venir á recoger la herencia.

CLARA Pero vendrá su hijo... porque el hermano de don Frutos tiene un descendiente.

ANT. ¡Qué lástima! Pero el caso es que nada de eso me importa... Yo venía á hablar con usted en secreto.

CLARA ¿En secreto?

ANT. Sí, Clara; necesito tener con usted una conferencia íntima, muy íntima.

CLARA Hable usted.

ANT. ¡Si usted supiera lo impresionable que soy! ¡No hay más que ver la facilidad con que me constipo!

CLARA ¡Lo creo!

ANT. Pues bien, Clara, yo conocía á usted hace tres... ó cuatro años.

CLARA Es cierto. (A donde irá á parar.)

ANT. Iba usted todas las tardes con don Frutos y Gabriela á pasear por el Retiro y casi siempre solían pararse delante de la jaula de los micos... Yo estaba allí.

CLARA Exactamente.

ANT. Clara; yo la he seguido á usted con afán, con vivísimo interés... porque yo...

CLARA ¿Qué?

ANT. Yo la amo á usted hace tres años, Clara... así, clarito.

CLARA (Asombrada.) ¡Que dice usted!

ANT. No; hace dos años y medio.

CLARA ¿Pero se ha vuelto usted loco?

ANT. Sí, loco de amor.

CLARA ¡Bah! Es imposible.

ANT. No es imposible. Ya sabe usted que tengo un destino en Hacienda que me dieron pocos meses después de mi nacimiento... Clara, yo me quiero casar cuanto antes.

CLARA Vamos, tranquilícese usted.

ANT. ¿Eso es decir que puedo esperar?

CLARA Eso es decir que ha equivocado usted los caminos.

ANT. ¡Cómo!

CLARA Que no soy yo, si no Gabriela, la persona á quien usted ama.

ANT. ¡Gabriela!

CLARA Reflexione usted bien.

ANT. ¡Caramba! (Tose.) El caso es que Gabriela también es muy guapa.

CLARA ¿Lo ve usted?

ANT. Sí, Gabriela me gusta; pero yo creo que me gusta usted más... Digo... á mí me parece.

CLARA Está usted equivocado.

ANT. ¿Eh?

CLARA Seguramente.

ANT. Podrá ser. Tendría gracia que no supiera yo mismo...

CLARA A mí me quiere usted como á una buena amiga. Me consta.

ANT. ¡Ah! ¡Con que le consta á usted!

CLARA Y como Gabriela es una muchacha honesta...

ANT. No sabía nada.

CLARA ¿Cómo?

ANT. Digo, que no me habia enterado de que es á Gabriela á quien yo... Sí, es muy guapa. ¡Caramba! Quién me había de decir á mí que estaba enamorado de Gabriela sin saberlo...

CLARA Usted sabe que la mujer es como el cristal.

ANT. (Con naturalidad.) Es la primera noticia que tengo.

CLARA Pues bien... unas relaciones largas la expondrían á la crítica de la sociedad. Debe usted hablar á don Frutos en seguida.

ANT. ¡Sí que le hablaré!

CLARA Y casarse pronto.

ANT. Sí que me casaré... Yo, fuera de las horas de oficina, no tengo nada que hacer.

CLARA ¿Con que quedamos?...

ANT. En que amo á Gabriela, sí señora, sí, la amo. La cuestión es amar á alguien. (Voces de don Frutros, dentro.)

CLARA Ahí tiene usted á don Frutos.

ESCENA IV

DICHOS y DON FRUTOS, que sale por el foro

FRUT. ¡Buenos días, Clara!

CLARA ¡Padrino!

FRUT. (Reparando en Antoñito.) ¡Calla! Estaba aquí Antoñito. Venga un abrazo. (Se abrazan.) ¿Y esos catarros, cómo siguen?

ANT. Mal. Ayer estrené uno.

FRUT. ¡Diantre!

ANT. ¿Y qué tal el viaje? ¿Qué tal?

FRUT. Bien... muy bien... ¡Qué país aquel! ¡Qué país el Norte-Americano y qué vapores aquellos... son como la pólvora... mejor que eso... como la dinamita!

ANT. ¿Sí, eh?

CLARA (Ya perdió mi padrino la chaveta.)

FRUT. Aquí no sabemos viajar... pero en el Norte de América no se hace otra cosa. Allí se va de un punto á otro como el relámpago... Sales de tu casa sin saber á donde; de pronto te metes en un tren eléctrico y chan, chan, chan, (Imitando el ruido de la locomotora.) recorres veinte leguas en cinco minutos; del tren pasas al vapor eléctrico y taca, tac, taca, tac, taca, tac, llegas al puerto y otra vez al tren... pi .. pi... pi... (Imitando el silbato.) y sin saber cómo, te encuentras á doscientas leguas de distancia en cuatro ó cinco horas.

ANT. ¡Caramba!

FRUT. ¿Pues y las calles? ¿Y las fondas?

ANT. Se come bien ¿eh? Mucho *bistek*, mucho *rosbif*.

FRUT. Eso es lo de menos... Lo principal es la comodidad que encuentras en ellas. Mira, estás en tu cuarto y necesitas... cualquier cosa, un calzador, por ejemplo; no haces más que tocar un resorte, y tu voz va á resonar en el otro extremo del hotel, donde se encuentra el fonógrafo, diciendo: «Don Antonio necesita un calzador.» Inmediatamente se abre un agujero en la pared, y el calzador aparece. ¿Necesitas un baño? Por medio de un botón, sobre el cual colocas el dedo, tu cama queda convertida en bañera. Tocas en un sitio, y ya tienes un periódico; en otro, y se apaga la vela; en aquél, se enciende... ¿Qué más? Para mudarte no haces más que colocar la cabeza debajo de una máquina especial y tu ropa desaparece: oyes un ruido debajo de la puerta y ves que entra una camisa limpia.

ANT. ¡Es maravilloso!... ¿Oye usted, Clara?

CLARA. Sí, ya oigo.

FRUT. ¿Y las costumbres?... Patriarcales, verdaderamente patriarcales.

CLARA. Pero, padrino, ¿no se cansa usted de ponderar las excelencias de los Estados Unidos?

FRUT. No me canso... Y además, quiero que Antoñito se ilustre.

ANT. (Aparte) Buena falta me hace.

CLARA. Es que Antoñito tiene que hablarle á usted de un asunto interesante.

ANT. Déjele usted, Clara... Yo le oigo con mucho gusto.

FRUT. Perdóname, Antoñito; pero cuando hablo de Nueva-York pierdo los estribos... ¡Si tú supieras lo que son los Estados Unidos!...

CLARA. De modo que reniega usted de Madrid.

FRUT. Sí, hija mía; tú lo has dicho; soy yankée por afición, yankée por convicción... yankée por temperamento. ¿Ves? (Enseñando el gabán á Antonio.) Un gabán de cuero de lana; *Dibson hausse; hausse* quiere decir casa; pantalón de cuero de algodón... *Yobson hausse*; chaleco de cuero de seda. *Tripson hausse;* camisa de cuero de hilo. *Blagson hausse;* zapatos de de *caout-chouc* cuero. Sombrero de cuero de felpa; petaca de cuero... de cuero... *Hanlon hausse*; cigarro...

ANT. ¿De cuero?

FRUT. No; de papel metálico impermeable é incombustible.

ANT. (Aparte.) Pues no veo el cigarro.

FRUT. ¿Quieres uno?

ANT. No, señor... muchas gracias; bastante me hace toser el catarro... ¡Caramba! (Tose.)

CLARA. Hace pocos momentos estuvo ahí su cuñado don Aniceto.

FRUT. Ya le he visto subir la escalera con una cesta.

ANT. (Mirando el reloj.) Las once y media. Voy á la oficina. Hasta luego, don Frutos.

FRUT. Pero, ¿no decías que teníamos que hablar?

ANT. Más tarde... Ahora voy á firmar el libro de entrada... Después volveré. ¡Caramba! (Aparte.) Llevo todas las casas de Nueva-York en cabeza.

FRUT. Como quieras.

ANT. (Aparte á Clara.) Háblele usted. Así me evitaré otra lata norte-americana.

CLARA. (Corriente.)

ANT. Hasta luego.

FRUT. Que te alivies.

ANT. No lo creo. Ya tengo catarro hasta la primavera próxima. Abur. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA V

DON FRUTOS y CLARA

CLARA. Ahora hablemos de lo que nos interesa.

FRUT. ¿De qué se trata?

CLARA. Antoñito desea que usted le autorice para formalizar sus relaciones con Gabriela.

FRUT. No puede ser.

CLARA. ¿Cómo?

FRUT. Ya te dije anoche que mi hermano Teodoro, que fué un salvaje toda su vida, ha dejado un hijo, el cual ha montado un gran taller de fundición mecánica en California, dedicado especialmente á la construcción de casas de hierro.

CLARA. ¿Casas de hierro?

FRUT. Allí es cosa corriente. Compras una casa y la colocas donde mejor te parece. Hoy aquí, porque va á pasar un amigo y quieres saludarle; mañana allí, porque está más cerca del estanque en que acostumbras á bañar al perro; otro día acullá, porque los médicos te prohiben la humedad... ¡Oh, qué hermoso pueblo!

CLARA. ¿Pero eso qué tiene que ver con Gabriela?

FRUT. ¿Cómo que no? El hijo de mi hermano tiene derecho, según las leyes, á la tercera parte de la herencia.

CLARA. ¿Pero usted le ha visto?

FRUT. ¿Querías que me fuese á California? He hecho algo mejor que eso, y fué poner un anuncio en los periódicos, que decía así:

«Don Frutos Tallarín y Rodríguez, propietario, desea tener noticias de su sobrino Jonatás Tallarín Boitón, hijo de Teodoro Tallarín, difunto; se trata de una buena herencia.» Después las señas de la fábrica...

CLARA. ¿Y si no contesta?

FRUT. Un norteamericano contesta siempre... cuando se trata de cobrar algo, por supuesto. Es gente muy positiva. Ya verás cómo mi sobrino se planta aquí el mejor día.

CLARA. Pero aunque así fuese...

FRUT. Yo tengo mi plan. Empiezo por proponerle la asociación, y concluyo por casarle con Gabriela. Ya me parece estar leyendo en letras doradas: «Tallarín, hermanos y sobrino, fábrica de pastas alimenticias y almidones. Barrio de Pozas, Madrid.»

CLARA. Y si Gabriela no quisiera casarse con... ¿cómo dice usted que se llama su sobrino?

FRUT. Jonatás.

CLARA. ¡Jesús, qué nombre tan raro!

FRUT. ¿Y eso qué importa?

CLARA. Pues, bien. ¿Y si Gabriela no consintiese en ser la esposa de Jonatás?

FRUT. Gabriela hará todo aquello que redunde en beneficio de la fábrica.

CLARA. ¿Y si amase á otro?

FRUT. ¿A quién?

CLARA. A Antoñito. Ya le he dicho á usted...

FRUT. ¡Bah! Esos son devaneos de muchachos... Además, Antoñito es muy enclenque, y el día menos pensado, cualquier catarro mal curado degenera en pulmonía y se lo lleva pateta... En cambio, Jonatás debe de ser robusto... un verdadero yankée, un norteamericano, de esos á quienes no los parte un rayo.

CLARA. ¡Allá veremos! Gabriela no es tan fácil de gobernar como usted se figura. Durante su ausencia de usted no he podido obligarla á que estudiase el piano. Prefiere las novelas á la costura, y por su gusto saldría todos los días á los paseos, á los teatros...

FRUT. ¿Y qué?

CLARA. ¿Cómo?

FRUT. Mira, Clara, tú eres una excelente chica, trabajadora, honrada, juiciosa; pero no me casaría contigo por todo el oro del mundo.

CLARA. ¿Por qué?

FRUT. Porque con ese sistema de educación llegarías á causar la desgracia de tus hijos, si los tuvieras.

CLARA. No comprendo..

FRUT. Tú representas la rutina, el obscurantismo, la tradición. ¡Privar á la juventud de la lectura y de los demás placeres, es privarla del aire y de la luz.

CLARA. Pero padrino...

FRUT. He vivido dos meses en un país libre, donde las mujeres viajan solas durante meses enteros, donde reciben á los hombres siempre que quieren y cuando quieren; y si se meten en el tranvía y están los asientos ocupados, van á sentarse modestamente sobre las rodillas de los viajeros.

CLARA ¡Qué atrocidad!

FRUT. Nada, nada, yo quiero que mi hija sea una mujer resuelta, viril, superior, educada á la inglesa y á la americana, una mujer en libertad.

CLARA ¿Sí? Pues dígaselo usted á ella. (Entran Gabriela y doña Gertrudis. Esta última lleva algunos libros en la mano.)

ESCENA VI

DICHOS, GABRIELA y GERTRUDIS, después ANICETO. Salen por el foro

GAB. ¡Papaito!

FRUT. Hola, hija mía. Buenos días, Gertrudis.

GER. ¿Has reposado de tus fatigas?

FRUT. Sí.

GAB. ¿De qué hablais?

FRUT. Hablamos de tu educación.

GAB. (A Clara.) Le has dicho... Eso no está bien.

CLARA Al contrario, si tu padre cree que todavía gozas de poca libertad.

GAB. ¿Cómo?

FRUT. Sí, hija mía; yo prefiero la educación americana á la española.

GAB. ¿Y qué es eso?

FRUT. Que la mujer tiene allí tanta libertad como el hombre.

GAB. ¡Ay, qué gusto!

GER. Me parece poco. La mujer debe tener más libertad.

CLARA (Están locos.)

GAB. ¿De manera que tú me autorizas?...

FRUT. Para todo.

GAB. De modo que desde hoy puedo amar á Antoñito con entera libertad.

FRUT. ¡Eh!

CLARA Déjela usted, padrino... Hágase usted la cuenta de que estamos en Nueva-York.

FRUT. ¡Un demonio! Pero atiende, no te precipites. (A Gabriela.)

GER. ¿Pero tiene libertad completa, ó no la tiene?

CLARA Ea, conteste usted.

FRUT. Ahora vamos á almorzar juntos; quiero festejar mi regreso en familia. ¿Por dónde anda Aniceto?

ANIC. (Saliendo.) ¡Aquí me tienes! ¡Ay, estoy rendido!

FRUT. ¿De qué?

ANIC. ¡He tenido que poner torcida á las lámparas, he limpiado el armario de los libros de mi mujer, y ahora acabo de dar la ropa á la lavandera! ¿Si vierais que mala gente es? El otro día eché á lavar una colcha de crochet, ¿y qué creeis que me devolvió?

FRUT. Yo que sé.

ANIC. Unos calzoncillos de baños, porque dice que la ropa de tanto lavarla cambia muchísimo. Y á propósito de ropa, Clara, ¿no tendrás por ahí un botón?

CLARA ¿Para qué?

ANIC. Me falta uno en esta manga... ¿Verdad, Gertrudis?

GER. No sé; me parece que sí.

FRUT. ¿Y por qué no se lo pegas?

GER. ¡Coser yo! ¿Descender á esos menesteres domésticos una mujer de mi condición?

ANIC. No te incomodes, Gertrudis. Voy á pegármelo yo... (Se acerca al costurero.)

CLARA No lo consiento... ¡Pues no faltaba más! (Saca hilo y aguja y empieza á coserlo.)

ANIC. Gracias, Clarita.

FRUT. Conque á almorzar.

CLARA Aguarde usted un poco, padrino.

ESCENA VII

DICHOS y JUAN, por el foro

JUAN (Entrando.) ¡Señor!

FRUT. ¿Qué hay?

JUAN Ahí está un caballero.

FRUT. ¡Un caballero!

JUAN Sí, señor; un caballero con traje de cuadros y con una maleta de viaje en la mano.

FRUT. ¿Si será?

ANIC. ¿Quién?

JUAN Aquí tiene usted su tarjeta.

FRUT. ¡A ver!

JUAN Tome usted.

FRUT. ¡El mismo!

ANIC. ¡Eh!

FRUT. ¡Nuestro sobrino! Lee.

ANIC. (Leyendo.) «Jonatás Tallarín y Boitón. Constructor mecánico en Stochon (California). Precios económicos: se reciben encargos por el correo.»

FRUT. Ya ves; aprovecha su tarjeta para hacer un reclamo. Es un verdadero yankée.

TODOS Sí, sí.

JUAN ¿Qué le digo?

FRUT. Que pase, que pase en el acto. Es nuestro sobrino. (Vase Juan.)

ANIC. Es un sobrino que nos viene á dividir.

GER. A llevarse la tercera parte de la herencia.

(En este momento aparece Jonatás acompañado de Juan por el foro en traje de camino con una maleta y unos enormes gemelos de campaña enfundados.)

ESCENA VIII

DICHOS y JONATÁS

FRUT. ¡Ahí le tenéis! (Señalando á Jonatás.) ¡Ahí está el ciudadano de la joven América!... ¡El hombre moderno... el hombre libre! (Abriendo los brazos.) ¡Sobrino!

JON. (Con indiferencia.) ¡Ah, es usted mi tío!... (Habla con acento extranjero.)

FRUT. Sí, tu tío; tu verdadero, tu legítimo tío.

JON. (Sin hacerle caso.) Muchacho; tome usted esa maleta. (Juan coge la maleta, la coloca en un extremo de la escena y se va.)

FRUT. (A los demás personajes.) Lo primero que se le ocurre es pensar en el equipaje. ¡Qué hombre más cariñoso!

ANIC. Sí, ya lo vemos

JON. ¡Me miran ustedes como si fuera un animal raro!

ANIC. (Y creo que no nos engañamos.)

FRUT. Es la admiración, Jonatás; la admiración que produce lo inesperado, lo desconocido, lo imprevisto. ¿Verdad, Aniceto?

ANIC. Así es.

FRUT. Tengo el placer de presentarte á tu tía Gertrudis... Una literata, ¿entiendes? Una gran literata conocida en toda España é islas adyacentes, por su magnífica novela histórica *Friné*, dedicada á la instrucción de las jóvenes honestas... En una palabra, un sabio de la clase de hembras. ¡Ya ves qué honra para la familia!

JON. A mí no me gustan las literatas.

GER. (¡Habrá salvaje!)

CLARA (El yankée no se muerde la lengua.)

ANIC. (¡María Santísima, se lo va á comer!)

FRUT. Vamos, hombre, abrázala.

JON. Tiempo hay; cuando tengamos más confianza.

FRUT. (A Gertrudis.) No te incomodes; los america-

nos parecen brutos á primera vista... pero después...

ANIC. (Después son mucho más brutos todavía.)

FRUT. Mi hija Gabriela. Educada á la americana.

JON. ¡Cómo!

FRUT. Una española en libertad.

ANIC. (Como los caballos del circo.)

FRUT. Mi ahijada Clara. Aniceto, el marido de tu tía Gertrudis.

JON. Basta de presentaciones y vamos á lo importante.

FRUT. Como tú quieras.

JON. Ante todo doy á ustedes las gracias por haberme avisado lo de la herencia.

FRUT. ¿Has leido el anuncio?

JON. Es lo único que leo en los periódicos. La plana de anuncios.

GER. (¡Estúpido!)

FRUT. ¡Oh! En materia de negocios soy un verdadero comerciante.

JON. (Sin hacerle caso y mirando la sala.) ¡Qué mal construído está todo esto! Tabiques de ladrillo; maderas de pino en las medianerías... papel pintado en las paredes... ¡Y á esto le llaman los madrileños una fábrica! Decididamente tendré que edificarla de nuevo.

FRUT. Qué hombres más prácticos...

JON. ¿De modo que esta es mi casa?

ANIC. (Rectificando.) La nuestra...

JON. ¿Qué dice este vejete?

ANIC. ¿Eh?

FRUT. (A Aniceto.) (Ríete, hombre; esas son bromitas de los norte-americanos.) (A Jonatás.) (No le hagas caso.) Quiere decir, que la casa es nuestra, de los tres, nada más que de los tres.

JON. ¿De los tres?

FRUT. ¡Claro! Gertrudis, tú y yo somos los únicos herederos, según la ley.

JON. Pues no está claro, está turbio.

TODOS ¡Cómo!

FRUT. ¿No entiendo!

JON. El único heredero soy yo.

FRUT. ¡Tú!

TODOS ¡El!

JON. Yo sólo.

GER. ¿Sólo?

ANIC. (A Frutos.) (¿Supongo que ésta será otra bromita de los americanos?)

FRUT. ¡Canastos! El asunto no es de los que pueden tomarse á broma.

JON. Ni yo acostumbro á burlarme nunca.

FRUT. Demasiado sabes que se trata de la herencia de nuestro tío Venancio.

JON. En efecto.

FRUT. Muerto *ab intestato.*

JON. Sí.

ANIC. ¡Ah! Vamos lo confiesa... ¡He pasado un susto!

FRUT. (Sonriéndose.) Si no podía ser menos...

CLARA Naturalmente.

JON. ¿Pero usted ignora que existe una donación hecha en vida del difunto, por la cual instituye heredero universal á mi padre?

ANIC. ¡Eh!

FRUT. ¡Ah!

GER. ¡Oh!

JON. (Sacando del bolsillo un papel.) Aquí está el documento.

FRUT. (Leyendo.) ¡Dios mío!

ANIC. ¡Arruinados!

GER. ¡Perdidos!

GAB. ¡Pobre padre!

CLARA ¡Qué desgracia!

FRUT. ¡Ay! ¡Yo me ahogo! (Cae sobre un sillón.)

GER. ¡Y yo lo mismo! (Idem.)

ANIC. Tambien yo. (Idem.)

JON. (Después de doblar el papel con gran tranquilidad.) Tienen ustedes cinco minutos para volver del desmayo y otros cinco para desalojar mis habitaciones. Voy á examinar los talleres. (Se va por el foro.)

ESCENA IX

DICHOS menos JONATÁS

FRUT. (Con desesperación cómica.) ¡Cuando pienso en que fuí yo mismo quien le hizo venir de California!

GAB. ¡Tranquilízate, papá!

ANIC. (Parodiando á don Frutos.) ¡El hombre práctico... el hombre libre... El ciudadano de la joven América!

FRUT. Calla, Aniceto... ten compasión de mí.

CLARA ¡Ea! Calma, un poco de calma.

GER. ¡Un vaso de agua!

GAB. Voy. (Trae el vaso.)

FRUT. (A Clara.) ¿Pero no has oído? Es el único heredero... el único... ¡Qué va á ser de mí... y de tí... y de Gabriela!...

GER. (Ofreciéndole el vaso.) ¿Quieres un poco de agua?

FRUT. ¿Agua?... Estrignina... sublimado corrosivo... láudano... ácido prúsico... ¡Eso... eso... tomaría yo ahora!

ANIC. ¿Y qué vamos á hacer?

FRUT. Qué se yo... No se me ocurre nada.

GER. (Levantándose.) No servís para maldita de Dios la cosa. El hombre es el sér más inútil de la creación.

ANIC. (Aparte.) (Ya me está aludiendo... Pues lo que es hoy me coge de un humor...)

GER. Lo que ellos no pueden conseguir, lo conseguiré yo.

GAB. ¡Usted!

GER. ¡Sí, con la elocuencia! ¡Vámonos!

CLARA También yo emplearé otras armas. (Vanse.)

ESCENA X

FRUTOS y ANICETO, que continúan sentados; á poco JONATÁS que vuelve por el foro

FRUT. ¡Aniceto!

ANIC. ¡Frutos!

FRUT. Hay que conmoverle.

ANIC. Sí, háblale al corazón... ¡Ahí está!

JON. ¿Todavía no se han marchado ustedes?

FRUT. ¡Hijo mío! Ten en cuenta que corre por tus venas la misma sangre que por las mías.

ANIC. ¿Vas á tener valor para arrojar de esta casa á tu familia?

JON. Yo no tengo familia, no la tuve nunca.

FRUT. ¿Pues no dice que no tuvo familia? ¿Y nosotros no somos tíos?

ANIC. Sí, que lo somos. Dos verdaderos tíos.

JON. A los once años me marché de Nueva York y desde entonces nunca recibí una mala carta de mis padres.

ANIC. Se extraviarían por el camino.

FRUT. Sí, Jonatás, eso sería.

JON. Yo no debo nada á nadie.

FRUT. Pero piensa en que si tú nos abandonas, vamos á tener que mendigar el sustento de puerta en puerta.

ANIC. Sí, Jonatás. Tus tíos andarán por esas calles tocando la guitarra. Eso no es decente para ti, ni para nosotros tampoco.

JON. No es cuenta mía... ya deben ustedes conocer la divisa americana.

FRUT. ¿Cuál?

JON. *Cada uno para sí y nada para el prójimo.*

FRUT. ¡Valiente divisa!

ANIC. Una divisa que se nos clava ahora á nosotros en el morrillo, aunque sea mala comparación.

JON. Conque hasta el día del juicio.

FRUT. (A Aniceto.) (¡Ah!... ¡Qué idea! Me parece que he encontrado el medio de aplacar su furia... Sí!)

ANIC. (¿Qué dices?)

FRUT. (Ahora verás.) Sobrino.

JON. ¿Otra vez?

FRUT. Escucha. ¿No te ha pasado nunca por la cabeza la idea de casarte?

JON. ¡Jamás!

FRUT. No digas eso. Ya sabes que la Biblia dice que no es bueno que el hombre esté solo...

JON. ¿Dónde?

FRUT. En el capítulo 2.º versículo 18, del antiguo Testamento.

JON. No lo he leído.

FRUT. Sí lo dice... Ahora lo verás... Anda, Aniceto, dile á tu mujer que te preste la Biblia.

ANIC. ¡Voy!

JON. Es inútil.

FRUT. Ya ves que el mismo Dios te ordena que te cases.

JON. Pues á mí no me casa ni el mismo Dios. Conque no gastemos más saliva. *The time es money.*

ANIC. ¿Eh?

JON. El tiempo es oro.

FRUT. Ahora lo hemos entendido perfectamente.

JON. Basta de conversación. ¿Dónde están los libros de la fábrica?

FRUT. (Enseñándoselos.) Aquí los tienes.

JON. Vengan.

FRUT. Jonatás, ten piedad de nosotros.

ANIC. (Suplicante.) ¡Jonatasito!

JON. Es inútil... soy de roca.

ANIC. (Aparte.) (¡Lástima no te cayera una encima!)

JON. (De muy mal humor) Lo dicho. Basta de palique.

FRUT. Vámonos, Aniceto; este hombre acabará por pegarnos.

ANIC. Más pegados de lo que estamos... (Vuelven á suplicar á Jonatás; éste se enfurece, y don Frutos y Aniceto se van, dando muestras de una desesperación verdaderamente cómica.)

ESCENA XI

JONATÁS; después GERTRUDIS

JON. (Sumando en el libro.) Diez y quince veinticinco, y siete treinta y dos. (Aparece Gertrudis.) ¡La literata! (Hace como que no la ve y sigue mirando el libro.)

GER. ¡Sobrino!... Yo no trataré de conmoverte, ni condenaré tu proceder... No te diré nada.

JON. Gracias; y *ocho, setenta.*

GER. Pero, en cambio, te convenceré.

JON. Y nueve, setenta y nueve.

GER. Porque voy á examinar la cuestión desde su aspecto filosófico y social. Las leyes han dejado siempre desamparados los derechos de la mujer... Registra la historia... ¿Cómo ha sido considerada la mujer en todas las épocas? Esclava en los tiempos de Roma, sierva en la Edad Media; la mujer no ha podido nunca contratar, ni adquirir, ni enagenar, ni escribir, ni pensar, ni hablar.

JON. ¿Ni hablar? Pues lo que es usted...

GER. Fíjate por de pronto en la mujer antigua.

JON. ¿En la mujer antigua?... Ya me fijo. (Mirándola fijamente.)

GER. ¿Eso es una alusión á mi edad?

JON. Eso es decirle á usted que me deje en paz.

GER. ¡Jonatás, eres un grosero!

JON. ¡Y usted un marimacho!

GER. ¿Me insultas?

JON. No quiero reñir con usted, (Sigue mirando el libro.) y nueve, ciento siete.

GER. Pero yo no sufro insultos de nadie, ¿entiendes?

JON. Entiendo.

GER. Y si Aniceto no te exige una reparación, porque es un infeliz, yo buscaré quien te pida cuentas.

JON. Corriente.

GER. (Con entonación trágica.) Tú no sabes todavía de lo que yo soy capaz.

JON. Me lo figuro.
GER. ¡Eres un cafre!
JON. (Amenazador.) ¡Señora!
GER. Lo dicho. Hasta la vista. (Vase.)

ESCENA XII

JONATÁS; después CLARA

JON. ¡Qué mujer! Pero esta casa es una jaula de dementes. (Mirando el reloj.) Las doce... voy á tomar un *lunch*. ¿Dónde está mi maleta? Vamos á sacar las provisiones. (Se dirige hacia el sitio donde está la maleta y saca de ella provisiones, que colocará sobre la mesa.) ¿Quién anda ahí?
CLARA (Desde la puerta.) ¿Me permite usted?
JON. (Aparte.) La ahijada de mi tío. (Alto.) Pase usted adelante.
CLARA Muchas gracias. Es usted muy amable.
JON. ¿Usted gusta?
CLARA No, señor; que á usted le aproveche. Con su licencia voy á desocupar ese armario.
JON. ¿Para marcharse?
CLARA Sí, señor... Ahora llevaremos lo más preciso.
JON. Bueno. (Sigue comiendo.)
CLARA (Abre el armario, que estará lleno de ropa blanca.) ¿Dónde meteré esto? En el baul... Voy por él. (Se dirige á la segunda izquierda, entra y sale en seguida con un baul.) ¡Cómo pesa! (Mirando con mucha atención á Jonatás.) No puedo... no puedo.
JON. (Reparando en los esfuerzos que hace Clara.) Deje usted, yo le traeré. (Va al sitio donde está Clara, se fija en ella un instante y levanta el baul.)
CLARA ¡Cuánta amabilidad!
JON. ¿Dónde quiere usted que lo ponga?
CLARA Aquí, déjelo usted aquí.
JON. Ya está. (Vuelve al sitio donde está la mesa.)
CLARA ¿Pero está usted comiendo con los dedos?
JON. ¡Bah! ¡Qué importa!
CLARA Espere usted... Voy á buscar un cubierto...

(Se dirige hacia el aparador y vuelve con un cubierto y servilleta.) ¡Y sin mantel! No lo consiento...

JON. No se moleste usted. No soy delicado.

CLARA (Poniendo la servilleta.) No es molestia... ¡Ajajá! Ahora ya puede usted sentarse. Siéntese usted. (Todas estas cosas las hará la actriz encargada de este papel con gran coquetería.)

JON. (Aparte.) ¡Diantre, es una muchacha muy amable! (Alto.) ¿Cómo se llama usted?

CLARA Clara.

JON. Bonito nombre.

CLARA Es usted muy galante. (Se dirige hacia el armario y empieza á sacar la ropa, que colocará sobre el baul.) No alcanzo... voy por una silla.

JON. Espere usted... (Se levanta de nuevo y va hacia el sitio donde está Clara.)

CLARA Siento tanto...

JON. ¿Qué quiere usted alcanzar?

CLARA Aquellas sábanas... ¡Cuidado! Tenga usted cuidado. No las desdoble usted. Bien. Gracias. Vengan...

JON. (Mirándola fijamente.) ¿Es usted la encargada de los asuntos domésticos?

CLARA Sí, señor.

JON. ¿Cuánto sueldo quiere usted por cuidar de mi casa? Así, sin rodeos.

CLARA ¡Caballero, eso no puede ser!

JON. ¿Por qué?

CLARA (Sonriéndose.) Porque aún no tengo la edad de las amas de gobierno. Es decir, á mí me parece...

JON. ¿De modo que yo no puedo tener una mujer que cuide de mi ropa blanca?

CLARA Sí, señor; cásese usted.

JON. No, eso nunca.

CLARA Pues entonces... (Empieza á echar ropa en el baul.)

JON. (Aparte.) Esta chiquilla empieza á impacientarme.

CLARA ¿Me hace usted el favor de darme esos manteles?

JON. Tome usted... ¿Conque no quiere usted quedarse?

CLARA Ya le he dicho que eso es imposible... Además, hoy tengo otra razón.

JON. ¿Cuál?

CLARA Mi padrino tiene hoy más necesidad que nunca de mis servicios. ¿Quién va á cuidarle, ahora que está pobre?

JON. Si él se quedase...

CLARA En ese caso... como yo no he de abandodonarle...

JON. Si me fuese útil en algo...

CLARA Claro que puede ser útil... usted necesita un director, un gerente...

JON. Pues que se quede.

CLARA Con su hija, ¿eh?

JON. (Dudando.) Sea.

CLARA Es usted un hombre razonable. (Sacando la ropa del baul.) Voy á avisar á mi padrino y á don Aniceto.

JON. Alto ahí. No hemos hablado para nada de ese viejo ridículo.

CLARA ¡Cómo! Tendría usted valor para separar á dos amantísimos hermanos.

JON. Sí; por eso no paso.

CLARA Pues no insisto. Nos iremos. (Vuelve á echar la ropa en el baul. Con mucho mimo.) Si usted fuera tan amable que me ayudase á colocar esta ropa.

JON. Voy. (Se arrodilla al lado del baul.)

CLARA ¿Con que quedamos en que mi padrino y don Aniceto seguirán viviendo aquí, no es cierto?

JON. No, ya he dicho que no.

CLARA Bueno, bueno... no se incomode usted... ¡Cómo ha de ser! Tendremos paciencia.

JON. ¡La mía es la que empieza á faltarme!

CLARA Tenga usted la bondad de alcanzarme esas toballas.

JON. Tome usted.

CLARA Gracias. (Mirándole con coquetería.)

JON. (Esta mujer me ha trastornado el juicio... Por primera vez en mi vida siento el hastío de la soledad... Y es bonita, diantre; sí, es bonita... No, no la dejo salir de aquí.)

CLARA ¿Consiente usted?

JON. ¿En qué?

CLARA En que se quede también el pobre don Ani-

ceto... Es tan sumiso, tan cariñoso, tan bueno... tan limpito...

JON. Sea... Consiento en ello.

CLARA ¡Qué dicha!...

JON. No tengo inconveniente en que se quede, pero solo, ¿entiende usted? solo...

CLARA Eso es, ¿va usted á divorciar á dos esposos que se idolatran?

JON. ¿Pero quiere usted desesperarme? Con ese mamarracho no transijo.

CLARA ¡Bueno! No hablemos más del asunto. (Vuelve á echar ropa al baul.) ¡Juan, Juan! (Llamando.)

JON. ¿Qué hace usted?

CLARA Llamar al criado para que me ayude á llevar el baul.

JON. Usted no sale de aquí. (Colocándose delante de ella.)

CLARA Caballero... ¡qué significa!

JON. Esto significa que me ha trastornado usted el juicio... ¡Que yo la amo á usted!

CLARA ¡Cómo!

JON. Sí, Clara; mándeme usted, impóngame usted todas las condiciones que quiera.

CLARA ¿Consiente usted en que se quede también doña Gertrudis?

JON. (Vacilando.) Consiento en todo; hasta en casarme con usted.

CLARA Gracias á Dios. (Llamando.) Padrino, don Aniceto, doña Gertrudis, Gabriela. (En la escena los actores harán varias pausas que no se indican en el diálogo. La actriz debe procurar seducir á Jonatás empleando gran mimo y mucha coquetería.)

ESCENA XIII

DICHOS, DON ANICETO, DON FRUTOS, GERTRUDIS y GABRIELA, todos se quedan en el dintel sin atreverse á entrar

FRUT. ¿Qué pasa?

ANIC. ¿Habrá tratado de asesinarla?

GER. ¿Qué ocurre?

CLARA Adelante. ¡Abracen ustedes á Jonatás!

ANIC. ¡Un demonio!

FRUT. ¿Eh?

GER. ¡Un abrazo! Un tiro le daría yo.

CLARA ¿Pero qué hacen ustedes ahí? Jonatás no quiere que se marchen de esta casa.

TODOS ¿Cómo?

CLARA ¿No es cierto? (A Jonatás.) Vamos, responda usted. (Mirándole con coquetismo.)

JON. Es cierto.

CLARA Ahora abrace usted á su tía Gertrudis. ¡Ea! Pronto.

JON. Voy. (Abre los brazos y Gertrudis le abraza.)

ANIC. ¡Qué espantoso sacrificio!

FRUT. ¡Sobrino!

GAB. ¡Primo!

JON. (A Clara.) ¿Falta algo más?

CLARA Sí... el documento.

JON. ¡Ah! Ya comprendo. (Saca el documento y lo rompe.)

FRUT. ¡Qué corazón más generoso!

GER. Ese rasgo me ha conmovido. Sobrino, otro abrazo.

JON. Venga. (La abraza.)

ANIC. (Es un héroe.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ANTOÑITO por el foro

ANT. ¿Se puede?

FRUT. Adelante, Antoñito, adelante. Lo sé todo, y te concedo con mucho gusto la mano de mi hija Gabriela.

GAB. ¡Papá!

FRUT. Tengo el placer de presentarte á mi sobrino Jonatás, recien llegado del otro mundo. (A Jonatás.) Don Antoñito Cuadradillo.

ANT. (Saludando.) ¡Caballero!

JON. ¿Cuánto vale?

ANT. No soy yo quien debe decirlo... Mi modestia.

FRUT. Mi sobrino quiere saber cuál es tu valor metálico. En América es lo primero que se pregunta... Aquel es un país esencialmente

práctico... Allí la base de todo es el *dollar* contante y sonante... Este joven vale seiscientos *dollars* de sueldo anual, en la Dirección general de Contribuciones y además un tío...

JON. ¿Un tio?...

FRUT. Sí, hombre, sí: un tío á quien heredará.

ANT. A eso vamos, aunque me esté mal en decirlo. ¡Achís! (Estornudando.)

CLARA ¿Se ha constipado usted de nuevo?

ANT. Sí, Clara; he venido en la plataforma del tranvía y se me figura que he cogido otro catarro.

GAB. ¡Pobre Antoñito!

ANIC. (A Gertrudis.) ¿Te parece que *quememos á Nerón?*

GER. ¡Mi obra maestra! ¡Jamás!

JON. (A Clara.) ¿Tiene usted algo más que mandarme?

CLARA Sí. (Señalando al público.) Que diga usted algo á esos señores.

JON. A eso no me atrevo...

CLARA ¡Vamos!

JON. ¡No!

CLARA (Avanzando.) Bueno, lo haré yo.

He conseguido vencer
con astucia y humildad,
pues le presta á la mujer
tan omnímodo poder
su propia debilidad.

TELON

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.